

# Los pasos traspirenáticos de Roncal

Por RAFAEL GAMBRA

## LA "PUERTA EN EL MURO"

El turista que visita el Valle de Roncal, después de recoger en los 18 kilómetros que median entre Burgo e Isaba todas las impresiones de colorido, variedad de paisaje y grandiosidad escénica que un tan corto espacio puede ofrecer, suele remontarse, por la carretera del pintoresco barranco de Belagua hasta el llano de este nombre, especie de bolsa final del Valle, un inmenso anfiteatro de montañas que constituyen al mismo tiempo la línea cumbre del Pirineo y la raya fronteriza con Francia.

En el punto donde se pierde la carretera, cerca de la ermita de Nuestra Señora de Arraco, un muro de altos picos se eleva, cercano y altivo, ante nosotros. Más hacia oriente la línea de altas cimas se aleja, ganando en altura y fragosidad, hacia el luminoso "rincón de Belagua", cuyos múltiples planos, tallados ya en la dura desnudez de la piedra, se extienden desde los blancos y fantasmales parajes de Larra hasta la altiva Mesa de los Tres Reyes, que hace de fondo último, ocultando tras sí el imponente pico de Anié (2.500 mts.) —el Añelarra de los roncaleses—, último confín de esta zona abrupta y desértica en que confluyen Navarra, Francia y Aragón.

Pero después de contemplar este escenario, el turista ha de virar en redondo y regresar por el camino que trajo con la sensación de haber llegado al fin del mundo accesible. Esta misma impresión, más intensa y desazonante todavía, experimenta el nativo que marcha diariamente a la fresca y jugosa llanada donde tiene sus labranzas y sus ganados.

Allí se alza ante ellos la gran barrera de los altos puertos ocultando perpetuamente todo ese mundo cercano e inaccesible que se extiende al otro lado. Porque si en otro tiempo, a pesar de la dificultad y altura de los pasos, existió una cierta relación entre aquellos dos mundos que hablaban una misma lengua, hoy, y desde hace bastantes años, tal relación es prácticamente nula. Ni aún en tiempos normales y pacíficos puede ser legal el paso de la frontera, que se halla sólo autorizado por los puntos aduaneros de carretera o ferrocarril.

Muchas veces he pensado, ante esta inmensa e inaccesible pared natural y legal en el cuento de Wells "La puerta en el muro". En cómo los que habitualmente viven en estos confines habrán soñado alguna vez que una puerta se abría para darles acceso a un lugar nuevo y alucinante. Y después, en la vigilia, la extraña sugestión les acompañaría siempre como la puerta en el muro a Mr.

## LOS ALTOS PUERTOS RONCALESES

En esta zona en que la cumbre divisoria se alza próxima a nosotros y tentadoramente asequible asoman sus cabezas tres picos cuya altitud se acerca a los dos mil metros. Son de O. a E. la Carchela (Cachille, para los franceses), (figura 1), Bimbaleta, y Lácora. El primero se halla separado del segundo por un muy alto puerto —el de Belay— que es poco más bajo que la propia cumbre de Bimbaleta. Entre éste y Lácora media el puerto de Arracogiti o la Lapiza —que es, como más bajo, el paso natural del Valle de Roncal para Francia—; y, al otro lado de Lácora, el portillo de Herraiz, también usual en otro tiempo.

Pues bien, estos tres collados son puertas para otras tantas barrancadas o quebraduras —ya en la vertiente del Norte— que descienden hasta los pueblos del valle de la Soule, y que constituyen una de las maravillas turísticas más acreditadas del país vascofrancés. En el puerto de Belay se inician las famosas Gorges (gargantas) de Holcarte, descienden hacia la villa de Larrau; en el puerto de Arraco nacen las Gorges de Cacouette, que descienden hacia la villa de Sainte Engrace; y en el portillo de Herraiz, el profundo desfiladero del mismo nombre, que sigue un curso paralelo y próximo al anterior.

Todas ellas, muy conocidas en Francia—y muy visitadas en su parte inferior—son casi desconocidas, a pesar



de su vecindad, aun por los mismos habitantes del Valle navarro porque, como he dicho, el tránsito normal por ellas no se da desde hace bastantes años, y anteriormente no existía—al menos por estos valles—turismo ni interés paisajístico.

Vamos a trasponer la "puerta del muro" y a penetrar con la imaginación y el recuerdo en la ignorada belleza de estos hoy solitarios parajes donde se sueldan entre sí dos mundos tan diferentes y con una situación política a menudo encontrada.

## LA DIVISORIA DE DOS MUNDOS

La ascensión hasta el puerto más bajo—el de Arracogiti—, que es el camino natural a Francia, puede cubrirse a buen paso en poco más de una hora. La subida, muy violenta al principio, nos hace contemplar enseguida, a vista de pájaro, la ermita de Arraco y las cien bordas de Belagua con sus arudos tejados metálicos o de pizarra. Mirando hacia el mediodía se van perfilando las cumbres más destacadas del Pirineo roncalés; Ezcaurre, con su mole blanca de piedra desnuda; Ochanea, la gran sierra de Santa Bárbara; Nuestra Señora de la Peña, con su ermita en la cúspide, y al fondo, la larga línea horizontal y vaporosa de la Sierra de Leire.

Trasponemos también la venta de Juan Pito, último refugio en suelo español, atravesamos un ángulo de la espesa

selva entre la solemnidad sombría de las altas hayas, y, salimos a una última zona desprovista de toda vegetación que no sea los finisimos pastos de la alta montaña. En estos parajes, en que se siente ya el viento y la impaciencia de las cumbres próximas, reina un silencio impresionante alterado sólo por el rumor de esquilas de ganados esparcidos quizá a varios kilómetros de distancia. La mayor parte de los días del año una niebla espesísima—la boira de los puertos—se agarra plomiza y atenazante a estas aristas del Pirineo haciendo imposible el camino a quien no sea experto conocedor del terreno. Dentro de ella, todo—cosas y ruidos—adquiere una apariencia fantasmal, y el frío de una llovizna insensible deja pronto transido el cuerpo.

Coronada esta última parte, se abre ante nosotros, ya en el puerto, la visión de la otra vertiente. Pocos espectáculos más impresionantes, creo yo, puede ofrecer la naturaleza al espectador, porque quizá en ninguna parte se tenga más vivamente la extraña sensación de encontrarse a caballo entre dos mundos.

Lei una vez que un célebre socialista solía mostrar a su hijo una frontera internacional para que apreciara lo ficticio, la pura convención humana de tales delimitaciones. Seguramente esta divisoria no le serviría para sus fines, y eso que allí no existe el aparato escénico de aduanas, vigilantes o barreras, sino sólo la callada soledad de las cumbres.

El Pirineo es como una inmensa ola que, avanzando desde España hacia Francia, se petrificó en el momento de romper. El extenso y graduado escalonamiento de cumbres en la parte de acá semeja su lenta curva ascensional. Y, bajo la abrupta y cortada cumbre rompiente, un descenso violento, rápido, sin obstáculos hasta la cercana llanura a un nivel muy inferior a aquel de que había partido.

Climatológicamente las dos vertientes que se extienden a nuestros pies en una lejanía infinita, son bien distintas, y no lo son menos en su aspecto topográfico. La influencia del Cantábrico se extiende en el Mediodía francés mucho más hacia el interior que en España, donde el inmenso resguardo de los Pirineos determina antes un clima más seco y tónico, con una vegetación de aspecto exterior bien diferente.

Desde este lugar, mirando hacia el Norte, se da muy frecuentemente el espectáculo sorprendente de que, bajo el

cielo totalmente limpio de un día estival en España, se extiende a nuestros pies, en la vertiente francesa, un inmenso mar de nubes blanquísimas, iluminadas por el sol, de las que sólo emerge la oscura punta de algunos picos de las estribaciones pirenaicas. Creo que en pocos puntos de divisoria podrá gozarse de esta visión impresionante con tanta frecuencia y en tan radical contraste.

## LES GORGES DE CACOUETTE

El descenso se inicia con unos pasos difíciles en que es necesaria la ayuda de las manos. Entramos así en el barranco o gorges (gargantas) de Cacouette, ya en suelo francés. La violencia del descenso no nos dejará un solo momento porque, en una distancia mucho menor que la que separa la frontera de Isaba hemos de descender a una altitud 400 mts. inferior a la de esta villa roncalesa.

Inmediatamente se tiene la impresión de entrar en otro mundo.

De un paisaje de vivos contrastes de color en que las masas apretadas de hayas o de pinos, con su verde profundo, se dibujan sobre el suave de los prados, se pasa al verde jugoso, exuberante, uniforme, de un clima marítimo. tal como el dominante en Guipúzcoa, por ejemplo. El boj, el pino, sobre los breves y finos pastos de la alta montaña, que preponderan en la vegetación roncalesa, se ven sustituidos en esta otra vertiente por el roble, el castaño y el hayedo, sobre un espeso tapiz de alta y siempre húmeda hierba.

Esta zona alta, inicial, del descenso tiene algo de temerosa soledad: el camino, antaño frecuentado—al menos en el buen tiempo del año—, está, por estas alturas, perdido o casi irreconocible. Hace años que sólo atraviesan estos altos puertos trágicas emigraciones de fugitivos que, por las diversas vicisitudes políticas de ambos pueblos se vieron obligados a abandonar su patria.

Inmediatamente llama la atención la extraordinaria riqueza de aguas de esta vertiente. Fuentes y más fuentes brotan de estas escarpadísimas laderas formando enseguida un caudaloso torrente que se hunde rápidamente en una profundísima grieta de la Peña: la iniciación de las famosas gorges. El camino, que poco a poco se va descubriendo, marcha largo rato cortando horizontalmente un inmenso talud de prado que termina en el ya profundo precipicio, en cuyo fondo se percibe el tenue rumor fluvial.

Avanzando el descenso, comienza a abrirse el horizonte: a lo lejos se descubren ya, diseminados, los numerosos caseríos que forman el pueblo de Sainte Engrace. A esta altura, el arroyo de Cacouette, que discurría por la grieta abismal, se precipitaba en una ruidosa y blanquísima cascada (figura 2). A poca distancia se halla la entrada a las grutas de Cacouette, ya, ambas cosas, en zona muy visitada por los numerosos turistas del Alto Valle de la Soule.

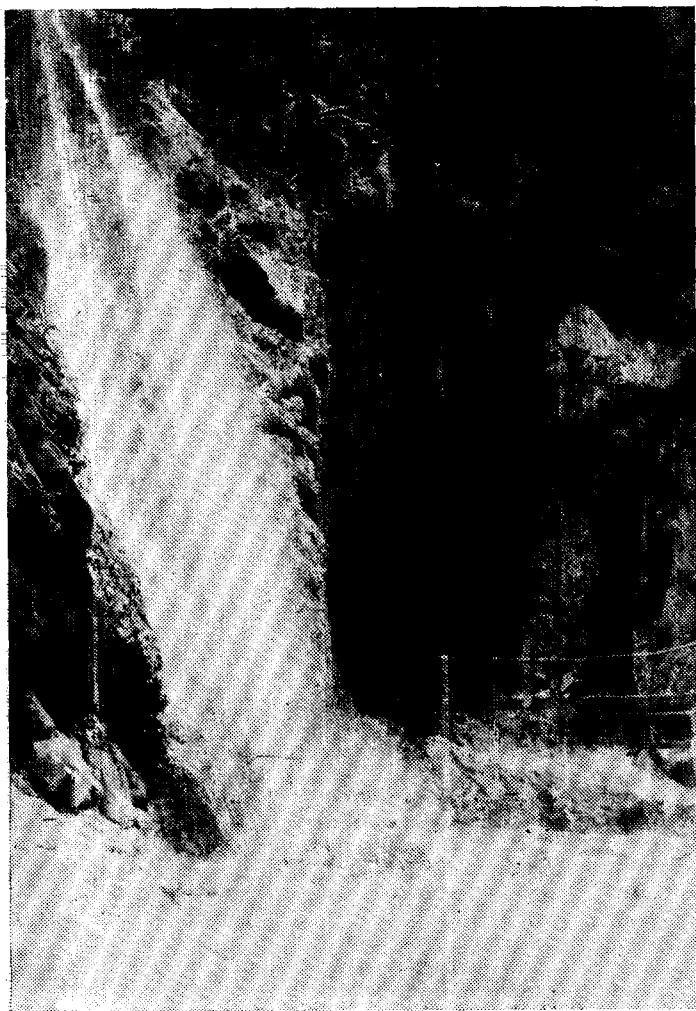
Llegamos ya a la confluencia del barranco de Cacouette con la gage de Ste. Engrace, que más tarde formará la gage de Mauleon. Nuestro camino, que se dirige a los núcleos de casas de Ste. Engrace, turce hacia la derecha y atraviesa el río que, aún aquí, sigue encajonado en un profundo y angosto lecho de piedra, con la particularidad de perderse bajo tierra en varios puntos para reaparecer más tarde.

Ya en el valle, se ofrece a nuestra espalda el espectáculo de las inmensas, abruptas, interminables vertientes que, cubiertas de verdor exuberante, ascienden en pocos kilómetros hasta los altos puertos de España, a más de mil metros por encima de este nivel.

Muy pronto nos aparece el primer núcleo de casas de la diseminada villa de Ste. Engrace, entre las que destaca el acogedor hotel o parador turístico de Dontagnon. Algo más allá, una nueva perspectiva nos ofrece el núcleo principal del pueblo, entre cuyos agudos tejados de pizarra se eleva la curiosísima iglesia carolingia—del más puro y primitivo románico—que comparte con la de Santa Engracia de Zaragoza las reliquias de esta Santa. Al fondo, otra vez la imponente masa de jugoso verdor elevándose hasta los confines del país vascofrancés, en su límite con el valle de Baretons, el del milenario tributo de las Tres Vacas.

## LES GORGES DE HOLCARTE

Pero mayor interés ofrece, en su parte inferior; el barranco que hemos dicho nace en el alto puerto de Belay, entre la Carchela y el pico de Bimbaleta; esto es les gorges de Holcarte. Tal ruta es aún menos conocida de los españoles ya que, por ser camino mucho más largo, no ha sido nunca utilizada para un tránsito normal. Este valle maravilloso desciende por detrás del macizo de la Carchela, ligeramente divergente de la línea divisoria, hacia el Oeste, en





dirección a las inmediaciones del pueblo de Larrau, situado a la falda del Pico de Ory (figura 3).

Este barranco es más amplio que el de Cacouette y, como más extenso, menos abrupto en su descenso. Traspuesta la alta zona de pastos, se adentra el camino en una enorme selva de gigantescas hayas, las más altas y rectas que me ha sido dado contemplar. Su bóveda lejana tiene, durante horas de camino, una sonoridad solemne. A la derecha, hundido también en peña a muchos metros de profundidad, el arroyo de Holcarte va aumentando de continuo—siempre a nuestro lado—su caudal y su rumor. En un momento dado, un inmenso e ininterrumpido fragor en lo profundo del abismo nos obliga a asomarnos por la pendiente hasta donde éste se convierte en abismo. Allí se ofrece a nuestros ojos, como una inmensa cola de caballo plateada, la célebre cascada en que el torrente de Holcarte se precipita a un lugar inaccesible (figura 4). Desde este momento, la profundidad a que marcha el río nos lo hará invisible por más que intentemos asomarnos.

Siguiendo nuestra ruta, observamos pronto un ensanchamiento de las laderas. El camino describe entonces una amplia curva hacia la derecha y, tras un serpeante descenso, nos encontramos ante el espectáculo más impresionante de estos itinerarios: de uno a otro lado de la inmensa grieta pétrea se tiende un puente suspendido en alambre, que, con una longitud de unos cien metros, y sobre un abismo de más de 200, nos coloca, tras un mundo de intensas sensaciones, al otro lado del barranco. Creo que pocas impresiones de estética y grandiosidad paisajística compensan en tal grado todas las fatigas de una larga jornada. He pretendido obtener algunas fotografías de este lugar, pero la angostura del escenario, unida de una parte a la inmensa profundidad de la garganta, y a la altitud de las laderas, de otra, hacen imposible un enfoque completo (figuras 5 y 6).

Poco después, camino y arroyo confluyen en la carretera y río de Larrau, valle que, unido más adelante con el de Santa Engracia confluirá, a través del pintoresco pueblo turístico de Tardets, en la gage de Mauleon. Todo un mundo de abigarrado turismo, de costumbres, lengua, preocupaciones y ambiente bien distintos vive aquí de espaldas a aquél que hemos dejado al otro lado de los montes, a pocas horas de camino; y ambos mundos elevadas hoy hasta el cielo las fronteras—carecen de relación hasta desconocerse prácticamente.

## LA HISTORIA CERCANA

He dicho que estos pasos transpirenaicos no se utilizan desde hace años para un tránsito normal; y que, aparte de algunos pastores que pasan temporadas estivales en los refugios de estas cumbres, no ven más que el paso de fugitivos como consecuencia de las vicisitudes políticas y bélicas de ambos países.

Aun hasta 1936—aunque desde largo tiempo estaba reducido el paso legal de la frontera a varios puntos aduaneros—hubo por aquí cierta tolerancia para un tránsito de nativos, e incluso pequeñas emigraciones anuales de muchachas roncalesas a trabajar en las manufacturas de alpargata, y de obreros franceses especialistas en retejar. Pero, a partir de ese año, sólo han podido señalarse a través de estos puertos éxodos trágicos. En primer lugar, la emigración—no muy numerosa por esta zona—de los que podrían temer del Alzamiento Nacional o, simplemente, deseaban pasar a combatir a la zona roja. Acabada nuestra guerra, e iniciada casi enseguida la mundial, no tardó Francia en ser ocupada por el Ejército alemán. Entonces

se inicia un intensísimo éxodo de muchachos franceses que, a través de España, ganaban el Marruecos francés para formar el nuevo Ejército Francés Libre. Más tarde, cuando el Ejército alemán se vió obligado a abandonar precipitadamente el Sur y Centro de Francia, hubieron de ser bastantes los soldados rezagados o empleados en las últimas misiones de destrucción militar que hubieron de acogerse por aquí a suelo español. Acabada la guerra, fueron estos barrancos camino para los principales grupos de "maquis" españoles que intentaron la desdichada incursión en nuestro suelo. Por fin, y en los últimos años, no es raro el tránsito de españoles que, generalmente teniendo cuentas con la justicia, buscan la impunidad en suelo francés, alegando una supuesta persecución política.

El más extenso y dramático de estos éxodos fué, sin duda, el de la juventud francesa durante la ocupación alemana, sobre todo en sus dos últimos años. Estos pasos fueron especialmente idóneos para el tránsito de estos fugitivos porque no era esta una zona poblada y fácilmente vigilable como la frontera occidental de Navarra, ni tampoco era preciso atravesar un inmenso desierto de piedra como en el Pirineo central aragonés. Durante meses y meses grupos de jóvenes franceses, que huían de campos de prisioneros o que deseaban combatir con los suyos, se presentaban a las Comandancias Militares del Valle de Roncal.

El sector fronterizo del valle de la Soule estaba guardado por una Compañía del Ejército Alemán de Reserva. Tuve ocasión, durante ese tiempo, de conocer al Comisario Jefe, que residía en Tardets. Un hombre muy culto, militar profesional de alguna edad, que había sido enviado a este sector como descanso de la rudísima campaña rusa. He podido observar que su actuación personal no ha dejado en la zona mal recuerdo; él, por su parte, me decía en una ocasión: "Aquí estamos mejor que en otros sitios, los vasos son buenos: gente seria que se da cuenta de su situación y de la nuestra." Los destacamentos de Ste. Engrace y de Larrau estaban formados principalmente por austriacos no jóvenes, reclutados como reservistas; tengo la impresión personal de que—sea por su edad o por su nacionalidad—no pusieron estos hombres demasiada saña en la persecución de fugitivos franceses por aquellos riscos.

No faltaron, sin embargo, capturas e incidentes sangrientos: En las abruptísimas laderas de Bimbaleta, en su caída hacia el barranco de Cacouette, dieron alcance los feroces perros de presa que utilizaban los alemanes a una pareja de fugitivos que estaba a punto de ganar la frontera. Como intentaran resistir y huir, les dispararon sus perseguidores, dejando a uno muerto en el acto.

Más dolorosa fué la suerte de un nutrido grupo de muchachos que partieron de la zona baretonesa de Arets y Aramits y, pasando por la histórica "piedra de San Martín" (lugar del Tributo), avanzaron por el desierto paraje de Larra con intención de alcanzar la cuneca de Belagua y descender por sus laderas. Pero, al llegar a los confines del portillo de Herraiz, una espesísima niebla los envolvió y los puso en una situación de absoluta desorientación. Entonces creyendo destender hacia España, penetraron por el profundísimo desfiladero de Herraiz, cara a Francia. Este barranco—especie de inmenso cañón por cuyo fondo discurre el camino—termina en el mismo núcleo de Ste. Engrace, junto a la iglesia. Allí, convencidos de su feliz arribada, comenzaron a gritar en el español que sabían a los campesinos que divisaban. Unas muchachas, dándose cuenta de su error, se apresuraron a advertirles: "—Faites attention, vous êtes en France!"

Aturdidos y extenuados viraron los fugitivos en redondo dándose a la fuga cuesta arriba. Pero los soldados alemanes—que tenían su cuartelillo en lugar inmediato, junto a la iglesia—habían salido ya, y, previo un alto que fué desoído, ametrallaron al grupo dejando varios muertos y entregando a los restantes a la Gestapo.

Sin embargo, muchas más víctimas que la vigilancia hicieron la niebla y el frío. Un cierto número—quizá por siempre indeterminable—pereció extraviado, helado o despeñado con la niebla y la oscuridad. Recuerdo que un día en que subía yo de excursión hacia el pico de Lácara, me precedía el médico de Isaba para el levantamiento de un cadáver en terreno español. Pasada la ocupación alemana, se han encontrado reiteradamente huesos humanos, y otros muchos permanecerán ignorados por siempre en el fondo de la garganta.

Cientos y aun miles de jóvenes franceses pasaron por estas rutas para acogerse a la neutralidad española. De aquí, y tras una corta permanencia en campos de clasificación, marchaban, acogidos a las Embajadas aliadas, a las Fuerzas Francesas Libres de África del Norte.

Inmenso fué el servicio prestado en esta ocasión a Francia por nuestra patria manteniendo una puerta abierta para

los franceses durante la ocupación y haciendo posible la formación de un nuevo Ejército francés que habría de co-tizarse muy alto por los franceses para su rehabilitación y jerarquía nacionales en la postguerra y la paz.

Como detalle curioso diré que Sartre —el filósofo representante de la Francia Libre— alude en una de sus obras (1) a esta emigración a través de España, pero con una notable injusticia hacia nuestra patria muy propia de su mentalidad esencialmente sectaria. Para mostrar cómo la moral ha de ser forjada en la vida por nosotros mismos, pues sólo nosotros podemos escoger, cita el caso de un joven francés que pedía consejo para optar entre dos deberes igualmente legítimos: permanecer en Francia al lado de su madre enferma, que lo necesitaba, o marchar a combatir al lado de las Fuerzas Libres. Y al relatar su discusión consigo mismo, dice:

"Se daba cuenta de que cada acto que hiciese por su madre tendría su fruto concreto, al paso que cada acto que realizase por partir era un acto dudoso que podría perderse en el vacío, no servir a nadie: por ejemplo, podría permanecer indefinidamente en un campo español al pasar por España..."

Es decir, que esta nunca realizada contingencia se antepone o sustituye, en su discurso, para los efectos de fracasar la huida, a los concretísimos peligros de perecer bajo los mosquetones alemanes o entre las nieblas y abismos del paso pirenaico.

- 
- (1) SARTRE, JEAN PAUL. *L'Existentialisme est un humanisme*. Edts. Nagel, París, 1946. Págs. 40 y 41.



Champán Escaba